

casa sea encendida es su culminación, su «desenlace», precisamente en el sutil sentido que esta palabra cobra cuando se trata de un «argumento no-narrativo».) Ahora bien, si se lee con atención este poema de Rosales, se ve que hay varias cosas, por lo menos cuatro. Lo más interesante es que *todas las casas son la casa*, que en rigor *no hay más que una casa*, como no hay más que un mundo, el mío, ya que yo soy el unificador de todas aquellas realidades que encuentro como circunstancia —en un esencial singular hecho de pluralidad—, en torno de *mí*. La vida consiste en que *nos van siendo casa* diversos ámbitos, diversas estancias o moradas. Van siendo para nosotros «la casa». Por eso la lengua tiende a omitir el artículo —«estoy en casa», «vamos a casa»—, y en algunas la casa viene a convertirse en una preposición o un genitivo de posesión y pertenencia —*chez, bei, Tom's*, y no olvidemos el giro «donde Juan» o «lo de Carmen».

La casa es «donde se está», «donde se vive». ¿Cuándo? Habría que contestar con una expresión extraña, que revela la conflictiva estructura de la vida cotidiana: *por ahora siempre*. De ahí que el tiempo de la casa no sea lineal, sino que esté hecho de curiosas anticipaciones y retrovisiones. Muy al comienzo de *La casa encendida* encontramos:

*Has llegado a tu casa,
y, al entrar,
has sentido la extrañeza de tus pasos
que estaban ya sonando en el pasillo antes de que llegaras,
y encendiste la luz, para volver a comprobar
que todas las cosas están exactamente colocadas como estarán dentro de un año.*

Esa cotidianidad de la casa se expresa en la vivencia del «todo es igual». Los primeros versos del poema, los que preceden a los que acabo de citar, dicen:

*Porque todo es igual y tú lo sabes,
has llegado a tu casa, y has cerrado la puerta
con ese mismo gesto con que se tira un día,
con que se quita la hoja atrasada al calendario
cuando todo es igual y tú lo sabes.*

Pero la vida es novedad, innovación; y cuando, al comienzo de la segunda parte, aparece el tema del encendido o encendimiento, cuando se ha advertido que

la palabra del alma es la memoria

y que

la sustancia del alma es la palabra,

se concluye con este verso:

porque todo es distinto y tú lo sabes.

El poema de Luis Rosales es una exploración imaginativa, literaria, estrictamente poética, de lo que es la casa. He dicho que son cuatro: la de los padres —en un sentido, todas las casas son «la de los padres», y el hombre se pasa la vida buscándola, tratando de restablecerla y restaurarla, incluso cuando no la ha tenido—, la Facultad de Filosofía y Letras de Madrid —la casa que compartí con Rosales, viviendo en distintos aposentos, asomándome a otras ventanas, pero «en la misma casa», y por eso me reconozco en ella, me siento «vecino», avicinado en su poema—, la casa solitaria de Altamirano, 34, donde se ve encendida la habitación de enfrente,

la habitación que yo pensé que habitarían mis hijos;

y «la misma» casa, toda encendida al cabo del poema. Y Rosales va de una a otra, permaneciendo siempre en casa, yendo hasta más allá, hasta el fundamento o raíz de todas; el encuentro de sus padres en el Corpus de Granada, como una ideal e irreal casa previa, de donde vienen las demás.

¿Qué es una casa? ¿Cuál sería su fórmula, cuál su estructura vivencial, su forma de circunstancialidad concreta? Con tres palabras basta: *dentro pero abierto*. Si no hay «dentro», si no hay interioridad, no hay casa; si no hay apertura, hay prisión —a lo sumo claustro—; pero casa tampoco. En la casa se puede estar —no es casa más que cuando se ha entrado—, pero se puede salir y aunque no se salga, ahí está la calle, ahí está *el mundo*, y se puede mirar por las ventanas o balcones, por sobrados o azoteas o terrazas, por claraboyas o celosías —por eso no son casas los edificios clausos que ahora se construyen, vueltos hacia dentro (que ya no es dentro), iluminados por luz eléctrica, sin ventanas, que por ello *no están en ninguna parte*. Y ese mundo al cual se mira desde dentro es «practicable», como se dice en el teatro, se puede realmente salir a él; está ofrecido y no prohibido o negado. Esto es la casa.

Rosales ha antepuesto a la suya un «zaguán» —así lo llama—, un soneto muy bello que tengo que copiar entero. Dice así:

*Si el corazón perdiera su cimiento,
y vibraran la sangre y la madera
del bosque de la sangre, y se pusiera
toda tu carne en leve movimiento*

*total, como un alud que avanza lento
borrando en cada paso una frontera,
y fuese una luz fija la ceguera,
y entre el mirar y el ver quedara el viento,*

*y formasen los muertos que más amas
un bosque ardiendo bajo el mar desnudo
—el bosque de la muerte en que deshoja*

*un sol, ya en otro cielo, su oro mudo—
y volase un enjambre entre las ramas
donde puso el temblor la primer hoja...*

Este soneto da el «temple», anticipa el «argumento» de *La casa encendida*; es verdaderamente su zaguán—así como el prólogo en prosa que lo precede, fuera del poema; es lo que los andaluces llaman su «compás» preparatorio, donde el alma se va haciendo a lo que la casa va a ser, prometido ya desde la calle, desde el mundo—. El soneto empieza con un condicional—«Si...»—y termina, sin salir de él, sin conclusión, con unos puntos suspensivos. *Si* pasara todo eso, *si* las cosas fueran así, *si* la realidad presentara esa faz, ¿qué? El poeta no dice nada, no concluye ni cierra; lo deja todo abierto. La conclusión es *el poema*. Si todo fuera así..., entonces, *La casa encendida*. Este sería el ingente «raciocinio» lírico.

La interioridad está abierta. Se puede «vivir» dentro de ese soneto, pero no termina; se abre hacia el exterior por la ventana de los puntos suspensivos. La «oración principal» está en la calle, fuera, en el ancho mundo. Por eso funciona como una casa: dentro pero abierto.

Las cuatro casas—que no aparecen en orden temporal; más bien al contrario; la de los padres se manifiesta cada vez más al final del poema, en una esencial vuelta: «vivir es ver volver», dice Rosales, repitiendo a Azorín; no terminan ni en rigor tampoco empiezan: perviven, se prolongan, se anticipan, se transita idealmente de una a otra, porque todas son *la casa*. (La Facultad, con sus personas vivas, con sus nombres propios bien conocidos, con su alegría y sus dramas en sordina o en silencio, con su lirismo, es para mí especialmente conmovedora y luminosa: la recreación por otros ojos de «mi» mundo de cinco años y de todos los que han venido después.)

La forma en que Rosales consigue esa interioridad aliada a la apertura es, sobre todo, la metáfora; porque la metáfora es lo mismo: la expresión en la que se puede estar, pero que nos lanza afuera, más allá de sí misma. Como la vida humana, la metáfora es *vectorial*

—para usar el concepto que tanto me ha servido en la *Antropología metafísica*—. Por ejemplo, así:

*y ahora es ya la memoria que se ilumina como un cabo de vela
que se enciende con otra,
y ahora es ya el corazón que se enciende con otro corazón
que yo he tenido antes.*

O bien:

*Volvíamos de la clase
donde nosotros nos sentábamos entre el latín y entre
el silencio de ella.*

O más adelante:

Las personas que no conocen el dolor son como iglesias sin bendecir.

Y cuando se vuelve a su infancia—o aún mira hacia atrás—, las metáforas se multiplican: el viejecillo del puesto de golosinas *tenía cara de lápiz*; su madre, antes de novia,

*era núbil,
y era morena muy despacio,
y hablaba desde dentro de un niño;*

y en la niñez *al cansancio le llamábamos noche todavía*;

y Pepona llegaba hasta nosotros con aquel alborozo de negra en baño siempre con aquella alegría de madre con ventanas que hablaban todas a la vez...

*y era tan perezosa,
que sólo con sentarse
comenzaba a tener un gesto completamente inútil de pañuelo doblado,
de pañuelo de hierbas.*

Y Luis Cristóbal ha crecido en su vida:

como se clava una bisagra en la puerta para evitar que se desquicie.

Donde Rosales hace un uso más deliberado y profundo de la metáfora es en los versos dedicados al padre—*la persona a quien más he querido en el mundo*:

*tú que sigues llevándome en la voz igual que azúcar desleída...
y trabajabas por entero
como trabajan las raíces en la tierra y las monjas hospitalarias...
y hablabas necesariamente
como el minero busca la salida en la mina cuando se ha hundido la galería*

En cierto sentido es la recapitulación. El diálogo con el padre es la vuelta a los orígenes desde el presente—mejor, desde el futuro, desde los proyectos—; es la vuelta a la casa desde la otra casa, ¿desde la definitiva? No, no hay más que una, y no es la nuestra ni la de los padres—si acaso, la del Padre—. Pero lo que resulta claro es que sólo se puede estar en la casa de hoy cuando se vuelve a las de ayer—a todas las de ayer—y que sólo se puede volver a éstas desde hoy y desde mañana; sólo puede volver el hombre vivo, el que somos y queremos ser; no el muerto, que se quedó en el pasado. Entonces es cuando la casa puede estar encendida.

Soria, agosto de 1971.

JULIAN MARIAS